



LA ÚLTIMA TORMENTA



DEFINITIVAMENTE libre de la presión exterior que, iniciada al día siguiente de la Independencia, había de concluir en una intervención resuelta en nuestra vida interior para marcarle e imponerle determinados senderos, la República en el año de 67 había adquirido el derecho indiscutible e indiscutido de llamarse una nación. Fuerte en el exterior, gracias al prestigio que había logrado por su energía en la lucha contra Francia y el Imperio, prestigio que crecía en razón directa del des- crédito que había arrojado sobre el gobierno de Napoleón III el triple inmenso error diplomático, político y militar que se llamó «la cuestión de Méjico»; firme con el apoyo de los Estados Unidos, interesado ó no, pero real y seguro, el país no tenía que pensar más que en su problema interior. ¿Cómo se organizaría la República rediviva? Las condiciones políticas parecían inmejorables : el partido reformista, heredero del liberal, era dueño incondicional del país político; tenía su programa en la ley suprema, la Constitución del 57, á la que se incorporarían pronto las leyes de Reforma; tenía por jefe al hombre que había encarnado ante el mundo la causa triunfante, y ese jefe era el Presidente mismo de la República, era Juárez; sus individuos poblaban casi exclusivamente los puestos públicos federales y los gobiernos de los Estados, y no tenía enemigos; el partido contrarrevolucionario, que había identificado su suerte con la invasión francesa y el Imperio, había muerto con ellos y sólo con ellos podía resucitar : no resucitaría jamás. El ejército nacional reducido, pero seleccionado después de la

lucha, se agrupaba, ardiente de admiración por el gran ciudadano que con su incontrastable fe le había permitido rehacerse y triunfar, vibrante de heroísmo y de odio á los enemigos de la patria, en torno del gobierno y de la ley.

☪ Factores eran éstos de primera importancia para producir un estado social caracterizado por la entrada definitiva del pueblo mejicano en el período de la disciplina política, del orden, de la paz, si no total, sí predominante y progresiva, y para acercarse así á la solución de los problemas económicos que preceden, condicionan y consolidan la realización de los ideales supremos: la libertad, la patria...

☪ Colonización, brazos y capitales para explotar nuestra gran riqueza, vías de comunicación para hacerla circular, tal era el DESIDERÁTUM social; se trataba de que la República (gracias principalmente á la acción del Gobierno, porque nuestra educación, nuestro carácter, nuestro estado social así lo exigían) pasase de la era militar á la industrial; y pasase aceleradamente, porque el gigante que crecía á nuestro lado y que cada vez se aproximaba más á nosotros, á consecuencia del auge fabril y agrícola de sus Estados fronterizos y al incremento de sus vías férreas, tendería á absorbernos y disolvernos si nos encontraba débiles.

☪ Para poner en vía de realización el DESIDERÁTUM, Juárez y sus ministros concibieron el único programa posible: reforzar á todo trance el poder central dentro del respeto á las formas constitucionales de que Juárez, por su historia y su educación jurídica, era devoto sin llevar esa devoción hasta el fetichismo, como lo demostró siempre que creyó ver en peligro la SALUS POPULI; reforzarlo porque el poder central era el responsable ante el mundo, á quien íbamos á pedir los elementos activos de nuestra transformación económica, del orden, de la paz, de la justicia, es decir, de la solvencia de nuestro erario, del poder del Gobierno en todos los ámbitos del país, del respeto al derecho, de todo cuanto fuese indicio cierto de organización y progreso.

☪ Temerosa, inmensurable era la tarea; se trataba de volver á su cauce un río desbordado y poner diques perpetuos á las inundaciones futuras. Toda la gente de acción del país había tomado parte en la lucha, por patriotismo los menos, por espíritu de aventura y de revuelta los más, no pocos por miras interesadas y para explotar, expoliar y defender los abusos á cuya sombra medraban y exprimían al pueblo.



☪ No era ésta labor de un día, y Juárez jamás pensó en poder darle cima, pero estaba decidido á crearla cimientos de granito. Un ejército, un instrumento de hierro, capaz de imponer respeto y miedo, era lo urgente; el ministro de Guerra era el hombre AD HOC: conocedor penetrante de las personalidades importantes en la enorme masa armada que había triunfado, afable y persuasivo, accesible á la adulación, aunque inflexible y duro en el fondo, comenzó inmediatamente su labor de selección, agrupando, casi siempre con acierto, los ele-

mentos de verdadera fuerza en derredor del Gobierno, y disponiéndose, porque era capaz de decisiones, pero no de ilusiones, á combatir y á vencer; sabía que la guerra civil era inevitable y no la temía; lo que deseaba era vencer á la revuelta rápidamente y dar esa prueba de fuerza.

☪ Para lograr tener en la mano y hacer suyo al ejército, había un obstáculo casi insuperable: los generales vencedores, los héroes de la guerra reciente. Todos ellos aspiraban á situaciones privilegiadas, á especies de autonomías militares de honor, de consideración y de poder, no sólo para ellos, sino para los grupos guerreros que se habían formado á su sombra. La masa armada, la que no era propiamente un elemento militar, vuelta á sus hogares ó á sus guaridas, había quedado licenciada ó dispersa, lista para las futuras revueltas ó disuelta en gavillas de bandoleros que mantenían en toda la extensión del país la alarma, la inquietud y la desconfianza; de lo que se originaba un estado nervioso que indicaba que la República no volvería á la salud sino en tiempos indefinidamente lejanos.

☪ La habilidad del ministro de Juárez consistió en desarmar á los elementos hostiles, cuando eran útiles, halagándolos, colmándolos de consideraciones y esperanzas; y en donde las primeras personalidades eran de un temple bastante fuerte para resistir á estos halagos, entonces las otras, los generales de segunda fila, los coroneles, — y entre ellos había magníficos soldados, — eran solicitados, atraídos, afiliados, desligados de sus jefes: el gran prestigio de Juárez hacía lo demás.

☪ El jefe más conspicuo del ejército, el que gozaba, lo mismo entre las legiones del Norte que del Occidente ó del Centro, de gran simpatía y de incontrastable ascendiente en el antiguo ejército de Oriente, que se mantenía á sus órdenes personalmente adicto, y hurraño, casi hostil al Gobierno, que desconocía sus méritos y despreciaba sus servicios, — hemos nombrado al general Porfirio Díaz, — era el peligro, la preocupación y el obstáculo; aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, pero incapaz de dirigir un pronunciamiento. Entretanto el jefe de la 2.ª división, desprendido y rígido ante el halago, se retiró tranquilo, descontento y fuerte.

☪ Con él perdió su escudo de acero la resistencia á la acción niveladora del Gobierno, y la transformación fué rápida: el ejército normal de la República, bravo, disciplinado, leal, nació de allí; el ejército no volvió á pronunciarse; pudo dejar caer en el abismo de las revueltas algunos de sus fragmentos, pudo en horas de desorganización del Gobierno quedar sin brújula y diseminarse, siguiendo pasivamente diversas banderas; pero tomar en masa la iniciativa de la guerra civil como los Echávarri, los Bustamante, los Santa Anna, los Paredes, los Zuloaga, ya esto no volvió á ser; ¡no volverá á ser nunca!



¶ La obra gubernamental era, empero, irrealizable sin finanzas, y la creación de ellas parecía más irrealizable aún por la dificultad tremenda de la reorganización del país y nuestra falta absoluta de crédito en el exterior producida no sólo por la inmensa desconfianza y el invencible recelo con que se veía nuestra tentativa de fundar un verdadero gobierno, indiscutido en sus principios, consentido en sus medios y nacionalmente aceptado en sus fines (cosa que puede decirse era insólita en nuestra historia), sino por la entera y legítima actitud que habíamos tomado frente á nuestros acreedores extranjeros, considerando unos créditos como nulos de origen y otros sujetos á revisión y á pactos nuevos. La considerable merma de la riqueza pública, consecuencia de once ó doce años de guerra no interrumpida; la imposibilidad de definir sin estadística, ni incipiente siquiera, el asiento del impuesto; la seguridad de encontrar obstáculos en dondequiera que se intentara reintegrar á la Federación en el aprovechamiento de sus recursos legales, retenidos por las administraciones locales, que necesitaban vivir y que, en realidad, administraban la bancarrota y capitulaban con la anarquía, autorizaban todos los pronósticos pesimistas y mostraban el punto negro que pronto se convertiría en el final desastre de nuestra nacionalidad: nuestro pueblo, que, como decía por entonces un preclaro poeta mexicano, MANDAR NO SABE, OBEDECER NO QUIERE, iba fatalmente á la impotencia y á la absorción norteamericana.

¶ Los ministros de Juárez formularon un programa financiero, que, sin excluir en la práctica (lo que era imposible por la brega cerrada con las necesidades de la vida cotidiana) el expediente premioso y el llamamiento al agio, el cáncer de nuestro erario, el parásito invasor que nos había impedido vivir, y las transacciones ruinosas con las avideces de los partidarios, trazaba el plan racional de las reformas viables de nuestro sistema hacendario, plan que todavía es, en sus líneas directrices, el que nos ha permitido aprovechar y fomentar, cada vez más normalmente, nuestra transformación económica: recoger y concentrar la recaudación y administración de los impuestos; hacer uso de una política de transacciones perennemente revisables en materia de tarifas; crear el TIMBRE con la tendencia de transformar la base de nuestras rentas haciéndola interior principalmente; buscar una nivelación posible del presupuesto (sin lograrlo nunca, aunque en la práctica emparejaba los ingresos con los egresos el implacable nivel de la necesidad), organizar la cuenta del Tesoro y perseguir el peculado y el fraude hasta donde fuera posible; tal fué, substancialmente, el programa. Un hombre dotado de paciente energía, de increíble laboriosidad y de honradez intachable, más bien gran oficinista que gran financiero, D. Matías Romero, tuvo principalmente á su cargo la realización de una obra que sólo profundas modificaciones económicas han podido sacar con el transcurso del tiempo de la órbita de lo ideal.

¶ La situación política facilitaba cada día menos tamaña empresa. Desde la víspera del triunfo, los estadistas que formaban el Consejo oficial de Juárez, todos resueltos á aplicar la Constitución, pero decididos á sobreponer á ella (así lo habían hecho en Paso del Norte) la salud de la República, comprendieron que

urgía modificarla para hacerla viable. Y perfectamente seguros de que estas modificaciones no se obtendrían de los Congresos exaltados que debían preverse, sino muy tarde y muy deficientemente, creyeron que debían, dado el carácter profundamente anormal de aquel momento histórico, llamar al país votante á una manifestación plebiscitaria que reformase la ley fundamental desde los colegios electorales: tratábase de reforzar el poder ejecutivo por medio del veto; de impedir el despotismo neurótico de la Cámara popular obligándola á compartir su poder con un Senado, y, seguros de que el partido liberal triunfante, al encontrarse solo con el cadáver del partido retrógrado á los pies, se dividiría en banderías personalistas, trataron de dar vida legal á un partido conservador sometido á las instituciones, pero aspirando á modificarlas por los medios legales, y para ello creyóse lo más eficaz devolver el voto al clero, excluido por la Constitución.

¶ La idea que informaba este audacísimo plan, menos en lo relativo al clero, era acertada en conjunto; el procedimiento plebiscitario fué un funesto error. Los descontentos, los antiguos adversarios de Juárez, los más ó menos disimuladamente enemigos de Lerdo (á quien se atribuía toda la tentativa), levantaron el guante, lo convirtieron en una bandera constitucional y el plebiscito fracasó lastimosamente; tuvo ya razón de ser una oposición que se reclutó entre lo más florido y elocuente del partido constitucionalista, y hasta la candidatura de Juárez, que era una necesidad de honra nacional, halló opositores en todos los grupos que acababan de obtener la victoria.

¶ En la formación de la Cámara aseguró el Gobierno una mayoría; pero una mayoría poco sumisa y asaz indisciplinada, que hizo gala de repudiar solemnemente la frustránea política plebiscitaria, y que más bien hallaba ocasiones de aplaudir que de combatir la ardiente y algunas veces la grandilocuente y soberbia tribuna de la oposición.

¶ Todo el prestigio de Juárez, toda la influencia que daba á Lerdo su talento, que se comparaba al del gran canciller Bismarck, todo el respeto que inspiraba Iglesias con su palabra formidablemente armada de cifras y datos, todo el crédito de la infatigable laboriosidad de Romero y el temor por la acción cada vez más firme de Mejía sobre el elemento armado, se aplicó á disciplinar y á gobernar plenamente la mayoría parlamentaria, y así comenzó á vivir la República en su segunda era.

¶ No la seguiremos paso á paso. Pero sí haremos constar que, á pesar de los obstáculos que hemos apuntado y de la sorda resistencia que oponía á la evolución gubernativa una buena parte de la sociedad mejicana en los grandes centros, sobre todo en Méjico, Puebla, Guadalajara, San Luis, Mérida, — resistencia compuesta de retraimiento de los ricos desconfiados y recelosos, de resentimiento de los grupos conspicuos que habían quedado heridos y ensangrentados á la caída del Imperio, y de miedo de los que veían en la Reforma, encarnada en Juárez, una empresa antirreligiosa, en vez de una arma anticlerical; — á pesar de todo ello, el Gobierno marchó y la República se sintió gobernada; una garantía superior para el trabajo apareció en la firme voluntad del Presidente de hacer res-